

La llegada de la señora Ardilla

Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: Maria Gambús



SJD Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital

FAROS
Los cuentos de la abuela

El día que la señora Ardilla llegó al bosque, todo el mundo lo comentó.

Hablaron sobre ello los conejos mientras cavaban una madriguera, lo mencionó el petirrojo mientras buscaba comida, y lo contaron los corzos mientras bebían agua del río. "Qué extraño", comentaban todos. No era normal que una ardilla tan vieja se hubiera marchado de casa para empezar una nueva vida en un bosque tan alejado del suyo. ¿Qué le habría pasado?, se preguntaban. Pero como nadie se atrevía a decirle nada, todo el mundo la ignoró y la señora Ardilla buscó un buen árbol para instalarse.

No tardó mucho en encontrarlo y enseguida se puso a hacer un nido. La señora Ardilla estaba convencida de que en ese bosque estaría bastante bien, y se esforzó en cargar ramitas para construir una casa. Pero mientras lo hacía, sintió cómo la espalda le crujía. Ya era vieja y no tenía la agilidad de cuando era joven, así que decidió pedir ayuda a la señora coneja que vivía debajo del árbol.

—Buenos días—Le dijo amablemente. — ¿Me ayudaría a arrastrar un puñado de ramas para construirme el nido? Ya soy mayor y las patas no me responden como antes.

Pero la coneja la miró de arriba abajo y ajetreada como iba, respondió:

—No tengo tiempo de detenerme a cargar ramas. Yo vivo bajo tierra y no sé elegirlos. —Y dicho aquello, se metió en la madriguera dispuesta a dar de comer a sus hijos.

A la señora Ardilla no le quedó más remedio que seguir cargando ramitas sola, pero pensó que sería mejor hacer su nido unas ramas más abajo. De esta forma no debería cargar tanto tiempo los troncos y acabaría antes. Pero cuando empezó a colocarlos, un petirrojo llamativo se le plantó delante.

—¡Esta es mi rama! No puedes instalarte. —Le dijo. Y de nada sirvió que la señora Ardilla le explicara que había suficiente sitio para ambos. Por más argumentos que utilizó, el petirrojo se negó en redondo y la señora Ardilla tuvo que volver a subir árbol arriba, cargada como iba.

Cuando al fin terminó, estaba tan cansada y dolorida que se durmió. Al día siguiente, la barriga le rugía tan fuerte que tuvo que espabilarse rápido para ir a buscar comida. No muy lejos había un nogal, pero estaba a orillas del río y con las últimas lluvias el suelo estaba inundado de agua.

—Amigo corzo—dijo la señora Ardilla a una familia de ciervos que habían bajado a beber. —¿Me podrías acercar un par de nueces? Tengo las patas cortas y me ahogaré en este aguacero.

Pero el corzo apenas la miró y le respondió con prisas que él comía hierba y no tenía ningún interés en arrastrar nueces. Además, ¿por qué deben ayudarse un ciervo y una ardilla? Nunca lo han hecho. Y dicho aquello huyó corriendo, salpicando a la vieja ardilla que quedó empapada y muerta de hambre.

Parecía que la vida no era muy amable en ese bosque. Todo el mundo iba a lo suyo y los animales nunca se ayudaban entre ellos. La coneja no pidió ayuda cuando su pequeño se perdió, ni el petirrojo contó a nadie que tenía una herida en el ala, ni el corzo gritó cuando quedó atrapado entre unas redes. Sufrieron solos sin decir nada a los demás, pero la señora Ardilla los observaba triste. ¿Qué sentido tiene que cada uno vaya a lo suyo? Entonces, recordaba su bosque. Un lugar en el que los animales se conocían y cada día se saludaban. Donde cuando nacía alguna cría, el resto la visitaban y ayudaban a los padres a ensanchar la casa. O cuando alguien estaba enfermo, los vecinos se turnaban para acompañarle; o cuando había una celebración se reunían todos bajo el roble grande y cada uno llevaba algo para celebrar. La señora Ardilla recordaba todas esas cosas y se entristecía.



Manafambis

Cómo echaba de menos su bosque, y cómo lamentaba haber tenido que marcharse. Pero entonces, cuando recordaba el motivo, se le hacía un nudo en el estómago y se apresuraba a dormir para olvidar esas imágenes. Y así fueron pasando los días hasta que una mañana, volvió a pasar lo que la señora Ardilla tanto había temido.

De repente, el cielo se oscureció y un tufo extraño inundó el aire.

—¿Qué es esto? Preguntó extrañada la coneja.

—¡El cielo es rojo detrás de la colina! —exclamó el petirrojo.

—Hace mucho calor—se quejó el corzo.

Entonces, la señora Ardilla bajó de su árbol y mirándolos serio les dijo:

—¡Es fuego! Se ha prendido fuego al otro lado de la colina y no tardará en atraparnos.

Inmediatamente todos los animales bramaron, piaron, relincharon y aullaron. Todo el mundo estaba asustado y por todas partes se veían correderas de animales que intentaban salvar sus casas. La coneja cavaba deprisa una madriguera más honda para esconderse bajo tierra, el petirrojo intentaba hacer un nido más alto para escapar de las llamas y el corzo corría arriba y abajo agobiado y angustiado sin saber qué hacer.

—¡Quietos! —gritó de repente la vieja ardilla. —Así no conseguiréis salvar vuestras vidas.

—Ah, ¿no? — preguntó el petirrojo atareado. —¿Y qué debemos hacer?

—Tenemos que trabajar en equipo—explicó la ardilla. —Solo si estamos juntos y unimos nuestras fuerzas, saldremos adelante.

—¿Y tú cómo sabes lo que debemos hacer?

—Lo sé, porque lo he vivido. —Dijo el animal triste—Mi bosque se quemó y perdí la casa y muchos de mis amigos. Intentamos salvarlo, pero no nos organizamos a tiempo y... —a la vieja ardilla le costaban aquellas palabras que se le enredaban en la garganta —... no lo conseguimos.

De repente todo el mundo entendió por qué la vieja señora ardilla había tenido que mudarse a un bosque nuevo. Lo había perdido todo en un incendio y se había visto obligada a empezar de nuevo. Lo entendieron y comprendieron que quizá si le hacían caso saldrían adelante.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó la coneja.

La señora Ardilla se encaramó rápidamente al árbol y vio cómo las llamas estaban cada vez más cerca.

—No tenemos tiempo. —Dijo asustada—Pero si trabajamos en equipo podremos salvar la vida de los animales.

—Deprisa, avisad a todo el mundo que vaya al otro lado del río.



ManiGambur

Inmediatamente el petirrojo voló para avisar a todos los insectos y pájaros. La coneja se metió bajo tierra para avisar a topos, marmotas, ratas y gusanos. Y el corzo avisó a todas las bestias que habitaban entre los árboles.

Pronto todos los animales cruzaron el río y observaban horrorizados como las llamas se tragaban sus casas. Todo quedó quemado, pero, por suerte, el río detuvo el fuego y los animales pudieron salvarse.

Cuando ya no quedó nada que quemar, el fuego se extinguió. Los animales miraban aquel paisaje negro y oscuro en silencio. Nadie se atrevía a decir nada porque el dolor era tan grande que no había nada que decir. Pero entonces, la ardilla se encaramó sobre una piedra y habló:

—Ahora ya estáis en un lugar seguro. Sé que lo habéis perdido todo, pero podéis ir a construir una nueva casa en la otra parte del bosque.

—Pero yo sola no podré volver a construir una madriguera, tengo que vigilar a mis hijos. —Dijo un poco avergonzada la coneja.

—Yo te puedo ayudar—Se atrevió a decir el corzo.

—Y yo te distraeré los niños—añadió el petirrojo.

—Gracias amigos—dijo la coneja. —Y quizás cuando acabemos podamos trabajar juntos para ayudarte a hacer un nido— Le dijo al petirrojo.

—Yo os ayudaré a elegir las ramas—añadió un topo.

—Y nosotros podemos ir a buscar comida para cuando acabéis de construirlo. —improvisaron unos simpáticos zorros.

Y así, poco a poco, todos y cada uno de los animales fueron pidiendo y ofreciendo su ayuda. Habían descubierto que si trabajaban en equipo todo era más sencillo. Y, además, habían entendido que no estaban solos. Podían contar unos con otros. Y si otra amenaza les volvía a quitar todo, sabían que solo trabajando juntos podrían salir adelante.

Fin.

FAROS

La guía para la salud y el bienestar de tus hijos e hijas

Los cuentos de la abuela son una recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de la su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu Barcelona con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

SJD

Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital

